

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2Cor 12,10)
La fragilidad: un recurso para la formación religiosa hoy¹.

Luca Garbinetto²

El tema de la fragilidad parece suscitar un gran interés hoy en día en la vida consagrada, o al menos en sus congresos y encuentros. Probablemente ello se deba, sobre todo, a la constatación dolorosa de una crisis general de la vida religiosa (y no sólo), por la que se encuentra a vivir una especie de “fragilidad colectiva” que atraviesa la vida consagrada en varios niveles: desde el plano institucional — incluidos los ámbitos de la autoridad y la economía — a aquel comunitario y relacional, llegando a la experiencia personal, tanto psicológica como espiritual. Es en este último nivel donde intentaremos situarnos, partiendo de una convicción tan obvia como frecuentemente descuidada: es en el nivel de la experiencia interior, de la dinámica psico-espiritual individual, del camino personal, donde se sitúa la raíz profunda de todas las cuestiones de fragilidad y debilidad del sistema y de la institución. Somos siempre nosotros, de hecho, como sujetos, quienes constituimos los complejos mundos relacionales, comunitarios, institucionales. En última instancia, la Iglesia y la misma sociedad — con todos sus organismos — no existirían si no hubiera personas que los constituyen, los moldean, los transforman, los consolidan o los vacían de sentido.

Restringiendo aún más el enfoque de este artículo³, intentaremos compartir algunas reflexiones en torno al proceso de discernimiento vocacional y formativo dentro de las fraternidades religiosas (dos etapas distintas, aunque desde siempre — y hoy quizás de forma más evidente — difícilmente separables).

La pregunta que nos hacemos es la siguiente: *¿cómo puede la fragilidad convertirse en un recurso para la formación actual?*

¿Cuál fragilidad?

A veces se corre el riesgo de utilizar los términos “fragilidad” y “debilidad” en forma confusa y, por decirlo simplemente, ambigua, recurriendo de manera imprecisa a supuestos sinónimos como “vulnerabilidad”, “límite” o “error”.

Intentaremos trazar algunos límites a nuestra manera de entender la fragilidad. De hecho, deberíamos tomar distancia de una comprensión literal del versículo de Pablo elegido como título de esta reflexión. Llegar a afirmar: *«Cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (2Cor 12,10), es para Pablo, consecuencia de una experiencia de complacencia: *«En mis debilidades, en los insultos, en las dificultades, en las persecuciones, en las*

1 Artículo original: GARBINETTO, Luca, *«Quando sono debole, è allora che sono forte»* (2Cor 12,10). La fragilità: una risorsa per la formazione religiosa oggi, in Tredimensioni 22 (2025), pp. 280-294. Traducción: Fátima Godiño para Encuentros de Acompañantes MFVE (2026).

2 Religioso de la Pia Sociedad San Gaetano, teólogo y psicólogo, profesor en el Instituto Superior para Formadores.

3 El artículo reelabora una conferencia dada con motivo del XXXV Congreso nacional para formadores de la Orden de los Frailes Menores (Asís, Italia; 20-11-2019).

angustias sufridas por Cristo» (2Cor 12,10). Es evidente, por tanto, que la debilidad se convierte en fuerza cuando es sufrida por Cristo. Pero nosotros, ¿de qué debilidad queremos hablar? No nos detendremos en insultos, dificultades o persecuciones provenientes del exterior, sino que miraremos a la interioridad de la persona.

Comencemos por distinguir dos experiencias de fragilidad que afectan al ser humano.

En un primer nivel, se habla de la debilidad vinculada al límite natural, es decir, la fragilidad física o psíquica que reconocemos dentro del ámbito de la patología.

*[...] Un segundo nivel desde el cual interpretar la fragilidad personal es el nivel moral. Ello implica una elección equivocada, un error cometido deliberadamente y, por tanto, sugiere una conexión inmediata, en el plano religioso, con la experiencia del pecado*⁴.

A tal propósito, podemos hacer algunas consideraciones prácticas, útiles para nuestro ámbito de discernimiento y de formación a la vida consagrada.

➤ *Por lo que se refiere a la enfermedad psíquica:*

- hay situaciones que no permiten la admisión a la vida consagrada: enfermedades evidentes (ej. la esquizofrenia) y otras que deben evaluarse en relación con la propuesta concreta del carisma específico (por ejemplo: algunos trastornos de la personalidad podrían hacer muy problemático cierto tipo de apostolado, aunque tal vez podrían gestionarse en otros contextos conventuales). Las comunidades religiosas, en todo caso, no son comunidades terapéuticas en sentido estricto, y no hay que olvidar que la enfermedad mental también hace sufrir a quienes conviven con la persona afectada.
- algunos trastornos de la personalidad emergen de manera gradual y poco evidente, por lo que se requiere tiempo y atención para identificar sus señales: por ejemplo, una personalidad rígidamente paranoica o narcisista no es adecuada para la vida religiosa, ya que genera muchos problemas relacionales (dinámicas de manipulación, abusos de diverso tipo, etc.).

➤ *Por lo que se refiere a la vida moral:*

- algunas experiencias graves, moralmente erróneas, deben ser motivo para interrumpir el camino. Es cierto que detrás de un comportamiento moralmente inadecuado, incluso pecaminoso, siempre existen elementos psíquicos a tener en cuenta y posibles heridas del desarrollo evolutivo. Sin embargo, si una persona por ejemplo, no logra dejar el juego de azar o tiene una dependencia persistente relacionada con prácticas sexuales distorsionadas, no es adecuado admitirla con la convicción de que el problema se resolverá con el pasar del tiempo.
- hay que evitar moralismos y actitudes mágicas/supersticiosas que llevan a creer que algunas dificultades desaparecerán sólo porque se reza más, o gracias al poder sanador de un ambiente fraterno. No siempre es así, al contrario... a menudo es precisamente la comunidad el contexto propicio para desarrollar, consolidar y aumentar ciertas inmadurez, por ejemplo, cuando se interpreta y se vive como un nido seguro en el que refugiarse.

4 GARBINETTO, L., *Vivere la debolezza. Itinerario verso l'integrazione personale*, EDB, Bologna 2011, pp. 50-51.

La experiencia más habitual de debilidad no se puede reducir simplistamente a estos dos niveles de comprensión. Existe otro nivel de fragilidad, que implica otras fuerzas psíquicas y espirituales, y que actúa entrelazando dinamisismos de los que la persona a veces es consciente, y otras (quizás la mayoría) no. Hablamos de inconsistencias conscientes e inconscientes.

Podemos así explicitar que:

- la gama más amplia de fragilidades se encuentra en el ámbito psíquico, donde, de manera más o menos consciente, la persona se encuentra viviendo una contradicción entre su deseo de servir al Evangelio y la percepción de elementos egocéntricos, que ponen en marcha recursos psíquicos/talentos/actitudes destinados a satisfacer sus propias necesidades y vacíos de afecto y/o estima. Aunque no se trata de una patología, se experimenta que el esfuerzo y la buena voluntad no son suficientes. Se necesita un trabajo de otro tipo: comencemos — y no es poco — por reconocer la existencia de esta realidad en lo más íntimo de cada uno de nosotros.
- Es inevitable preguntarse: ¿en qué medida las propuestas de discernimiento vocacional estimulan una introspección sincera? ¿En qué medida, por el contrario, nos limitamos a observar los comportamientos externos y ciertas habilidades superficiales (si bien importantes) para evaluar la idoneidad de los candidatos/de las candidatas⁵? ¿Hasta qué punto seguimos atrapados en la ilusión del «buen chico» para proponer un camino vocacional específico a los jóvenes que se acercan a nosotros, a las muchachas que se acercan a nosotras?

A este respecto, no hay que pasar por alto ni la preocupación por el número de vocaciones - en claro descenso - ni el hecho, nada secundario, de que a menudo los formadores/formadoras se encuentran acompañando a los jóvenes durante tramos cortos del camino (acogida, postulanteado, noviciado, profesión temporal). Cada etapa tiene formadores/formadoras diferentes, y la decisión final sobre la admisión corresponde generalmente a los superiores. (A veces, por necesidad, las funciones se superponen en la misma persona: esto debería ser una excepción que, por otra parte, requiere mucha madurez por parte del formador/superior para que se gestione con respeto hacia los formandos).

Un trabajo serio de acompañamiento requiere tiempo, exige total gratuidad y una buena dosis de coraje.

La fragilidad constitutiva: la dialéctica de base

Demos un paso más fundamental. Para comprender la manifestación específica de la fragilidad en nuestros procesos psicoespirituales, es necesario tener en cuenta su dimensión más radical. Se trata de una dimensión ontológica y antropológica conocida por la fe, pero que las ciencias humanas nos confirman desde un punto de vista fenomenológico y descriptivo. Sobre todo, nos ayuda la psicología del desarrollo. El crecimiento de la persona siempre se desarrolla en etapas evolutivas, y cada etapa se caracteriza por la presencia de dos polos opuestos en tensión entre sí⁶.

5 NdT. Considerando las destinatarias de la lectura, hemos agregado al texto el género femenino.

6 Hacemos referencia a la conocida teoría de Erikson, psicólogo social, presentada en el libro: ERIKSON, E. H., *Los ciclos de la vida*. Continuidad y cambios (original *The Life Cycle Completed*, Norton & Company, Nueva York - Londres 1998).

El crecimiento no se produce al encontrar el «punto medio» del equilibrio, ni tampoco al absorber el polo negativo dentro del positivo, como si quisiéramos negar o eliminar la debilidad inherente a nosotros. Por ejemplo, el recién nacido vive el primer proceso en la dinámica dialéctica entre la confianza y la desconfianza. Inconscientemente pone a prueba el mundo exterior, es decir, a su mamá, para verificar si es digno de confianza. Lo hace a partir de sus propias necesidades fisiológicas (hambre, sueño...), pero también afectivas: basta pensar en el llanto como el lenguaje privilegiado del recién nacido para invocar reconocimiento y atención. Si la respuesta a tal «invocación» es coherente con sus propias necesidades, el niño desarrolla una confianza de fondo, lo que no implica, sin embargo, la desaparición del polo de la desconfianza. De hecho, un adulto que haya integrado adecuadamente las necesidades de esta etapa evolutiva será una persona con una buena autoestima, dispuesta a confiar en los demás, pero también atenta a la realidad concreta de quienes tiene delante y, por lo tanto, capaz de discernir cuándo es bueno confiar o si, por el contrario, es conveniente actuar con cautela. La madurez requiere, de hecho, dosis de sana desconfianza, prudencia y atención.

Descubrimos entonces que la fragilidad más profunda, la dimensión más radical de la debilidad del ser humano, no reside tanto en las limitaciones del cuerpo, en el dolor provocado por una decepción que ha causado desgarros, en las experiencias de heridas sufridas por parte de las relaciones parentales (*caregivers*) siempre imperfectas. Esta se da por el hecho de estar dentro de la tensión inevitable que existe entre el polo positivo y el negativo, entre el elemento de fuerza y el de debilidad, entre la riqueza de recursos altruistas y la pobreza de necesidades autorreferenciales. La persona humana está constitutivamente llamada a salir de sí misma, en las relaciones con el mundo, con los demás y también con un Ser trascendente que está más allá de toda experiencia terrenal; pero también está naturalmente limitada, incapaz de donarse, hambrienta de alimentar su egocéntrica autorreferencialidad.

Esta es la experiencia fundamental de fragilidad con la que estamos llamados a lidiar y que nos diferencia de las otras criaturas. Todos los seres humanos la viven, ya que son los únicos capaces de tomar consciencia de ella⁷. Se define como «dialéctica básica» y se afirma, como principio formativo elemental, que una dialéctica básica conocida se puede manejar mejor.

¡Pero no se puede eliminar! La ilusión ideal de poder «tranquilizar» o «quitar del medio» esa tensión constitutiva de nuestro ser, que se manifiesta en cada experiencia de la vida cotidiana, es, en el fondo, el verdadero peligro de un sistema educativo inadecuado, basado en una antropología inadecuada.

Los enfoques educativos posibles

¿Cómo podría manifestarse un enfoque educativo inadecuado, es decir, que negara de manera efectiva — ya que, en teoría, hoy en día parecería más fácil «estar en línea» con lo afirmado hasta ahora — la verdad del ser humano, invalidando así desde la raíz, cualquier otra propuesta o iniciativa formativa destinada a hacer madurar a la persona hacia una plenitud de vida?

⁷ Parece que se puede afirmar que aquí reside también una de las diferencias irreductibles entre el ser humano y los productos de la inteligencia artificial.

También en este caso se trata de una dialéctica. Es decir, hay dos polos opuestos⁸, aparentemente irreconciliables, que sin embargo, si se analizan detenidamente, culminan con el mismo resultado y, por lo tanto, manifiestan de hecho un idéntico enfoque antropológico erróneo. En pocas palabras, para ambos enfoques, el objetivo final — no siempre reconocido y expresado — sería eliminar o, al menos, «mantener a raya» la dialéctica básica.

1) Por un lado, se podría optar por una propuesta formativa orientada a desarrollar los recursos y talentos de la persona, de modo que pueda superar sus propias fragilidades y crecer hacia un equilibrio y una solidez personal (meta ideal de la persona madura). El religioso o la religiosa modelo, entonces, sería capaz de afrontar cada situación con sabiduría y un discernimiento eficaz, convirtiéndose en un testigo creíble del Reino, precisamente por ser un ejemplo de todas las virtudes contenidas en la propuesta del Evangelio.

Si en el pasado dicho modelo se entendía fácilmente con un énfasis en el ámbito moral — donde se apelaba sobre todo a elementos voluntaristas y (pseudo)espirituales para alimentar una “carrera” ininterrumpida hacia un ideal de perfección prácticamente inalcanzable — hoy se presta más atención al aspecto psicológico de la persona, reconociendo la necesidad de apoyarse en las ciencias humanas para afrontar algunos obstáculos en el proceso de crecimiento. Sin embargo, la pedagogía, la sociología y, sobre todo, la psicología, son vistas como herramientas para “arreglar el motor”, “reparar la carrocería”, para ensamblar las piezas de la mejor manera, de modo que, una vez resuelto el problema, la persona pueda retomar su camino a pleno ritmo hacia la “perfecta alegría” de la virtud. Lástima que esta “perfecta alegría” vuelva sistemáticamente a enfrentarse con una insuperable “triste incoherencia”, de la cual, en última instancia, incluso el sacramento de la reconciliación llega a ser lentamente una confirmación insatisfactoria, porque ni siquiera el “mecánico del espíritu” logra sanar algunas fracturas que llevamos dentro. Ejemplos de este modelo son evidentes cuando, en el itinerario formativo, se recurre a la asesoría psicológica enviando por un tiempo a los jóvenes al especialista para que se restablezcan. O cuando se percibe que la práctica de la confesión se ha convertido en un rito rutinario, regulado por las exigencias de la comunidad, pero que tiende a volverse esporádico y a mantenerse en secreto apenas el superior o el formador aflojan el control.

2) Existe también el riesgo del polo opuesto, que parece ser una de las novedades culturales de nuestro tiempo, sobre la que debemos estar atentos. Con los desarrollos contemporáneos del pensamiento débil y la «dictadura del relativismo»⁹, en el que nos movemos, de hecho, parece estar muy extendida una cierta concepción de la fragilidad, que podría definirse como «debilismo». Es decir, parece que se confunde una recuperación positiva de la dimensión de la debilidad con una especie de actitud de «todo vale». Se tiende a justificar actitudes, comportamientos y elecciones contrarias a las exigencias de la vida cristiana y de la consagración con explicaciones a menudo psicologizantes, a veces incluso salpicadas de espiritualismos del tipo: «Dios es bueno y lo perdona todo», sin tener en cuenta las implicaciones negativas de un enfoque similar sobre la propia persona. De hecho, si es cierto que el crecimiento de un individuo nunca

8 Cfr. GUARDINI, R., *L'opposizione polare. Saggio per una filosofia del concreto vivere*, Morcelliana, Brescia 2007².

9 RATIZINGER, J., *Misa pro eligendo Romano Pontífice*. Homilía, Basílica Patriarcal de San Pedro, lunes 18 de abril de 2005, <https://www.vatican.va>.

termina y que las etapas evolutivas se desarrollan a lo largo de toda la vida; y si es igualmente cierto que algunas etapas de este proceso pueden haber sufrido bloqueos o retardos debido a experiencias relacionales del pasado... entonces abordar cualquier forma de debilidad con el mismo criterio, sin distinguir lo que depende de la libertad personal de lo que, en cambio, está profundamente marcado por acontecimientos o relaciones condicionantes, significa no tomar en serio a la persona. Significa renovar un estilo fragmentado - incluso líquido, como lo es la sociedad posmoderna - es decir, considerar la interioridad del sujeto como una mezcla de elementos quizás reconocibles, pero cada vez más desordenados y, por lo tanto, confusos e irreducibles a la unidad. Y la fragmentación es precisamente el estado típico de la persona inmadura, que no puede ser verdaderamente feliz.

Este enfoque educativo se manifiesta, por ejemplo, cuando no se da suficiente valor al papel del formador/de la formadora, especialmente en relación a las vocaciones adultas (hoy cada vez más numerosas), ante las cuales se experimenta cierta impotencia para proponer un acompañamiento serio, porque: «Ya son mayores, conocen la vida... y su estructura ya está formada». O también cuando se fomenta una actitud crítica, por no decir polémica, de los jóvenes hacia la tradición; o incluso cuando se exagera el papel de la comunidad como ámbito de fraternidad acogedora y cálida (como un nido), sin hacer emerger los elementos de exigencia y de desafío que son constitutivos de todo espacio relacional, especialmente cuando este es estrecho y vital, como normalmente lo son las comunidades religiosas. Desde el punto de vista del acompañamiento, este modelo engañoso aparece también cuando se recurre a la psicología como instrumento de autoconocimiento y de aceptación, limitándose a estos pasos sin considerar el aspecto del posible cambio y de la transformación orientada por los valores. Una psicología positivamente centrada en el cliente busca que el sujeto aprenda a expresarse a sí mismo y a manifestar su originalidad, pero puede volverse reduccionista si evita considerar los aspectos de esfuerzo y lucha presentes en la personalidad.

3) Sin extendernos en otros posibles enfoques inadecuados, mencionaré brevemente la propuesta formativa más adecuada para aprender y ayudar a aprender a permanecer dentro de la propia dialéctica básica. Esto significa que la persona es madura en la medida en que los polos opuestos de sus etapas evolutivas se relacionan y se integran de manera interdependiente, sin excluir ninguno de los dos, pero con un predominio del polo positivo. De esta manera, la persona recoge todo de sí misma, progresivamente, y desarrolla la capacidad de orientar cada aspecto de su ser hacia una meta de libertad y responsabilidad.

Es por eso que resulta evidente que es necesario aclarar el objetivo al que hay que aspirar: *¿quién es el religioso/la religiosa que Dios quiere?* En este sentido, es urgente formar un yo ideal más acorde con la verdad del Evangelio, desconstruyendo los lugares comunes y las expectativas poco realistas que a menudo están implícitos tanto en el ánimo de los candidatos, de las candidatas como, hay que decirlo, en la práctica y el estilo de los formadores, de las formadoras.

Pero es aún más importante acompañar pacientemente a la persona joven en el descubrimiento de cómo se manifiesta en su vida la dialéctica básica, es decir, cuáles son los elementos existenciales y las dinámicas internas que constituyen su forma específica de encarnarla. Esto no se hace tanto con constantes y, a veces,

pedantes aclaraciones teóricas, con explicaciones intelectuales que caen desde arriba sobre la cabeza de la persona en formación, ya de por sí ansiosamente preocupado por presentar una imagen aceptable de sí misma para que... ¡no sea rechazada!

Lo que se necesita es una capacidad de escucha y de acompañamiento que debería caracterizar verdaderamente el ministerio del formador, de la formadora. Es insustituible la figura de un padre/una madre o de un hermano/una hermana mayores que asuman la tarea de acompañar con amor a un joven o a un adulto en la ardua empresa de conocerse a sí mismo, aceptarse y emprender procesos de cambio.

El instrumento privilegiado es lo que se conoce como «colloquio» (regular, serio, caracterizado sobre todo por una escucha sin juzgar), que se entrelaza de manera vital con la experiencia de una vida compartidas a diario. Estas dos dimensiones no están en conflicto entre sí. Los coloquios formativos no se superponen a los que se mantienen con el padre espiritual, el confesor o el psicoterapeuta: tienen una dinámica diferente. Aun así, resultan ser el lugar privilegiado para favorecer el crecimiento y el discernimiento vocacional de la persona.

Las consideraciones realizadas hasta ahora implican que el formador/la formadora esté en un camino constante de exploración de su interioridad y haya aprendido lo suficiente como para reconocer y gestionar su dialéctica básica¹⁰. En este sentido, se comprenderá lo importante que es que sea un hombre, una mujer de Dios con ciertos conocimientos psicodinámicos. Y que sea cada vez más capaz de ayudar a sacar a la luz las dinámicas psicológicas del joven, sugiriendo formas eficaces de reconocer en ellas la acción providencial de Dios, que no tiene otro medio que nosotros mismos para hablarnos. Por lo tanto, es bueno que el formador, la formadora, tienda a ser también un maestro del Espíritu.

Las actitudes del crecimiento

Se ha intentado poner de relieve la actitud educativa adecuada que se requiere de un formador, de una formadora, ante la experiencia constitutiva de la fragilidad, definida como dialéctica inevitable entre los aspectos de autotranscendencia y las necesidades egocéntricas naturales que habitan en la persona.

Tratemos ahora de identificar algunas actitudes necesarias para que un joven/un adulto trabaje eficazmente sobre su debilidad y llegue así a encarnar la paradoja expresada por San Pablo, que da título a la presente contribución: la debilidad se convierte en fuerza en el momento en que aceptamos afrontarla directamente y tratarla como una oportunidad, en lugar de como un obstáculo o una autojustificación del tipo «ya no hay nada que hacer».

Para vivir la debilidad como *kairós*, hay que favorecer y verificar tres disposiciones (que pueden convertirse en criterios esenciales de discernimiento para continuar el camino vocacional):

10 Cabe reiterar que, a menudo, todas las energías y recursos se dirigen hacia los formandos/formandas, y si se dirigen hacia los formadores, es con vistas al servicio formativo (para adquirir herramientas y conocimientos). Rara vez se toma verdadera conciencia de que no se puede descuidar un trabajo serio sobre uno mismo, que debe continuarse en todas las etapas de la vida y que sigue siendo la herramienta privilegiada para el crecimiento formativo, la aptitud para transmitir el propio carisma y la disposición a escuchar al otro.

✓ la *docibilitas*, es decir, la disposición a dejarse ayudar con vistas a un cambio. Pero ese cambio debe ser deseado y buscado. Se trata, es decir, de distinguir la actitud del joven que acude al coloquio por complacencia, porque «así lo hemos decidido» o por miedo a ser dejado fuera del instituto, de la de aquella persona que, en cambio, tiene un sincero deseo de crecer, aprovechando la oportunidad que la presencia del formador/de la formadora le brinda;

✓ el *coraje*, que nace de la consciencia de que el camino es duro, se corrobora sobre la marcha y se verifica en los momentos de mayor dolor y de descubrimiento de nuevos rasgos de uno mismo, que hasta ahora permanecían ocultos e inexplorados. El formando/la formanda valiente no se parece al soldado que siempre corre hacia adelante con la trompeta de la victoria como punta de lanza; al contrario, sabe detenerse, tomar aliento, revisar con calma. También se permite dejar aflorar emociones y sentimientos molestos, desde la ira hasta el miedo, venciendo poco a poco el sistema defensivo que le caracteriza y revelando aquí y ahora (con su formador, y no solo con su padre espiritual) un nuevo rostro que cambia e integra aspectos inéditos de sí mismo. Hay que ser muy prudentes ante afirmaciones como: «Ya lo he hablado con el confesor» o «Créeme, ahora todo va bien». De hecho, ¡el coraje tiene un impacto visible y verificable en la vida cotidiana!

✓ el *'insight'*, es el arte de la intróspección. Se trata de verificar la capacidad de permanecer en silencio, de estar solo, de orar en intimidad, pero también de hablar de la propia interioridad con cada vez mayor profundidad y, sobre todo, con una implicación afectiva además de racional. El o la joven que crece se hace cada vez más... presente y vivo para sí mismo y para los demás al contarse a sí mismo. Y se cuenta a sí mismo quien sabe mirarse dentro. No puede haber vida espiritual —y, por tanto, tampoco vida religiosa— sin un trabajo constante y progresivo de introspección. No es el hacer lo que caracteriza a los consagrados, sino que debe manifestar el ser. Si realmente es así, el joven/la joven también deberá hablar de su «ser». La fragilidad duele: quien habla de ella con superficialidad o con excesiva indiferencia, quien habla demasiado poco o no habla en absoluto... tal vez aún no la haya sufrido con cierta consciencia en su propia carne. ¡Y la intuición es el arte de la toma de consciencia!

Pistas de futuro

¿Qué pasos hay que dar para integrar la propia fragilidad? ¿Qué etapas hay que identificar y cómo vigilar para que la debilidad se convierta en fortaleza?

Entendemos que, en realidad, la debilidad y la fuerza se entrelazan continuamente y de forma inseparable: por lo tanto, los pasos propuestos pueden servir paradójicamente también para integrar nuestros puntos fuertes (a menudo, por ejemplo, nos encontramos con jóvenes muy inteligentes que no reconocen sus cualidades; o adultos con una autoestima excesiva, inconscientes de que utilizan sus cualidades como escudo y defensa sin integrarlas con otros aspectos de su personalidad).

Antes de mencionar las tres grandes etapas del proceso de integración, queremos volver a insistir en un concepto. Ante la experiencia de la fragilidad, lo que más importa, para que se convierta en una oportunidad y no en un freno o un bloqueo para la maduración de la persona, no es el qué ni el porqué, sino el *cómo se afronta*¹¹.

11 Cfr. CENCINI, A., *L'albero della vita. Verso un modello di formazione iniziale e permanente*, San Paolo, Cinisello

La cuestión central, por lo tanto, no tiene que ver con el contenido de la debilidad (física, psíquica, espiritual...), ni siquiera con las causas y los orígenes que la han generado (como podría sugerir un cierto enfoque psicologista), sino con la forma en que la persona misma la «vive». Hay jóvenes con historias de heridas muy duras que, con una actitud de docilidad y confianza, logran avances extraordinarios en la encarnación de una vida consagrada verdaderamente evangélica. Otros, en cambio, muy ricos en talentos y sin limitaciones particulares, al menos evidentes, se bloquean en una postura excesivamente complaciente y segura de sí misma, impidiéndose gustar de otras alegrías de la vida interior.

Al estilo de un sencillo mapa indicativo, aquí está el pequeño-gran itinerario posible¹². Se trata de:

✓ *Reconocer y acoger*

El primer paso, lo reiteramos, consiste en poner nombre a las cosas. A las que suceden fuera de nosotros, pero sobre todo a las que suceden dentro. La interioridad actúa como caja de resonancia de los hechos que ocurren en la vida de la persona. Lo más importante es entrenarse para reconocer los movimientos internos, lo que San Ignacio llamaba «mociones»: sentimientos y pensamientos. El proceso de autoapropiación requiere un trabajo paciente y constante de autoconsciencia, que implica el reconocimiento de la propia originalidad, tal y como se manifiesta «aquí y ahora» dentro de uno mismo. La herramienta privilegiada es el relato, la narración, que se puede hacer tanto a nivel personal (por ejemplo, mediante un diario) como en la relación, abriéndose a quien nos acompaña con progresos y una confianza cada vez mayor.

Al formador, a la formadora, le corresponde prestar atención a esta capacidad más o menos creciente de entregar la propia vida — es decir, la propia historia concreta, hecha de nombres, lugares y momentos precisos — en manos de quien tiene la tarea de acompañar. La interioridad vuelve a aflorar y con mayor riqueza cuando se permite que la memoria y el lenguaje desempeñen su función específica de elaboración y apropiación de lo vivido. Es claro que, en la entrevista de acompañamiento, esto implica que el formador, la formadora, sea una persona lo suficientemente sólida y confiable como para crear los espacios de libertad y custodia necesarios para favorecer los procesos psicodinámicos del sujeto, entrenándose para contener con madurez los desarrollos emocionales más difíciles de acoger y aceptar.

✓ *Vivir con responsabilidad*

De lo que se ha vivido y de lo que la vida ha estimulado y generado en el propio mundo emocional y racional no se es responsable. Pero de lo que se decide hacer con este material, sí. Esta es una regla fundamental; es la espada de doble filo de la libertad responsable. La persona crece en madurez en la medida en que aprende progresivamente a orientar hacia los valores del Reino lo que va descubriendo y acogiendo en sí misma como parte integrante de su personalidad.

Balsamo (MI) 2005, pp. 149-150. En español: CENCINI, A., *El árbol de la vida*: Hacia un modelo de formación inicial y permanente. Ed. San Pablo 2023.

12 Cfr GARBINETTO, L., *Vivere la debolezza*, cit., pp. 47-132; IMODA, F., *Sviluppo umano*. Psicologia e misterio, Piemme, Casale Monferrato (AL) 20033, pp. 88-91. NdT. Se puede leer y/o descargar una traducción de este último en: <http://cvx-uruguay.org/wp-content/uploads/2012/07/Psicolog%C3%ADa-y-Misterio.-Una-relaci%C3%B3n-in%C3%A9dita-y-fecunda..pdf>

Al reconocerse a sí misma, la persona aún no se posee. Más bien, se convierte en sí misma al decidir organizar y orientar lo más posible la vasta riqueza — y debilidad — de su mundo afectivo e intelectual.

Se trata, pues, para el formador/para la formadora, de ayudar al joven a expresar los valores que va eligiendo como esenciales para su propia existencia, ciertamente confrontados con lo que proponen el Evangelio, la Iglesia, la orden religiosa o la congregación. La verdad subjetiva debe interactuar con la verdad objetiva para llegar a una síntesis personal cada vez más rica y variada, que convierta la existencia en una obra de arte con múltiples colores y mil matices. Las experiencias de vida, las propuestas de prácticas formativas y la verificación de los servicios ministeriales se vuelven esenciales, no tanto para evaluar la «habilidad» del joven, sino más bien su capacidad de dejarse cuestionar, de autocritica no destructiva, de revisión de sus actitudes y comportamientos, rompiendo el esquema de «yo soy así, no hay nada que hacer».

✓ *Transformar/cambiar en la llamada*

Por último, pero no menos importante, el pasaje propio de la integración es la perspectiva del cambio. Esta interactúa con los dinamismos anteriores en un proceso «en espiral» y no tanto en una sucesión cronológica improbable. En la vida, nadie está predeterminado de manera mecánica. Una existencia vivida en plenitud y un proceso de apropiación responsable hacen posible la transformación del corazón. La condición necesaria es la conciencia de estar en el mundo en una relación constitutiva con Alguien que está más allá, que me precede y me espera. Es el horizonte de la fe, entendida como relación personal con Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, que manifiesta el amor del Padre y nos conduce a él con la fuerza del Espíritu Santo que obra en nosotros. La transformación operada por el crucificado resucitado se convierte, en el religioso en camino, en un punto de referencia interpretativo cada vez más claro y central y en una perspectiva absoluta de discernimiento de los acontecimientos vividos y por vivir. Por lo tanto, el formador, la formadora, más que presentarse como un profesor experto en teología que transmite contenidos de fe preestablecidos al joven en camino, deberá proponerse como un testigo sabio y, por lo tanto, como un maestro (según la conocida invitación del papa Pablo VI) que acompaña al otro a releer su propia existencia con las categorías de la historia de la salvación.

La debilidad, recogida y releída como expresión de la cruz redentora del Señor, será la cima y, al mismo tiempo, la raíz de una experiencia liberadora, que podemos reconocer en la conformación progresiva a Jesús, según el estilo de vida del manso y del humilde.